

LA ESPAÑA REAL

EL MOTOR Y EL VOLANTE

HACE ya muchos años, más de dos decenios, cuando algún extranjero me preguntaba curioso por un críptico grupo español que parecía la clave de la realidad nacional —esfinge sin secreto—, yo solía responder: «No tienen el motor, pero tienen el volante.» Alguna vez he aclarado esta idea añadiendo: «Tienen el poder que les dan.» Es probable que hoy esto parezca bastante evidente, pero hasta hace un par de años resultaba paradójico, y casi todo el mundo pensaba que era una arbitrariedad.

Tengo la impresión de que estamos todavía —y ya— metidos en ese curioso linaje de espejismos. En la época actual, dada la fuerza de los medios de comunicación, esto es muy probable. Si esos medios están perturbados por la intervención —muchas veces desconcertante— del Poder, que limita y prohíbe unas cosas mientras favorece otras, la desproporción entre la apariencia y la realidad es muy grande.

La realidad me parece infinitamente respetable; no es que crea que es forzosamente buena, pero lo que existe tiene algún fundamento, cierta justificación. Una fuerza social o política, aunque me parezca antipática o mal orientada, ha de tenerse en cuenta, porque efectivamente existe; quizá sea conveniente oponerse a ella, combatirla, o tratar de modificar su trayectoria; lo que no debe hacerse es olvidarla, omitirla, darla por inexistente. Además; el juego de las fuerzas reales, por reflejar lo verdaderamente existente, suele desembocar en zonas amplias de convergencia; casi siempre se puede uno entender con los que expresan y afirman lo que verdaderamente es, aunque lo hagan de una manera parcial y extremosa; corregida la parcialidad, queda un torso de coincidencia, de convivencia.

Nada de esto ocurre cuando se produce la «inflación» de una posición particular, que recibe de fuera un poder que no tiene, en cuyas manos se pone un volante que aprovecha un motor ajeno. El ejemplo de Portugal es bastante claro. Durante el medio siglo de dictadura, las fuerzas que podemos llamar «conservadoras» —porque estaban dispuestas a conservar lo existente, fuese o no digno de ser conservado— y que eran muy efectivas, cometieron el error de suponer que eran las únicas, que todo lo demás era desdén. Esto sólo pudo hacerse al precio de la paralización del país. Portugal ha tenido siempre, desde mediados del siglo XVII por lo menos, menor vitalidad social que España, mientras su Estado ha solido ser más eficaz. Esto hizo posible la relativa apacibilidad del gobierno de Salazar, que contaba con la pasividad social. Cuando, tardía y lentamente, la sociedad portuguesa empieza a agitarse y desentumecerse, esto coincide con la decadencia de Salazar, que no es ya ni «sombra de lo que era», hasta llegar a la situación alucinante de un dictador que ha dejado de gobernar y no se

ha enterado. Este hubiera sido el momento de dejar organizarse y actuar a las fuerzas reales —varias, matizadas, en su inmensa mayoría moderadas—; pero el temor a la realidad, combinado con el desprecio a ella, que es la característica de todas las dictaduras, impidió que así se hiciera.

El resultado está a la vista. No es que Portugal haya «resultado» un país de extrema izquierda, tal vez comunista; ni siquiera es que la organización clandestina del Partido Comunista le haya dado la eficacia que los demás no han podido conseguir, de manera que se haya adueñado del Poder. Es simplemente que se lo han dado, que han puesto en sus manos el volante, a pesar de la evidencia de que el motor no les pertenece. Visto desde la experiencia española, la situación portuguesa es clarísima. Comprendo que la OTAN o el Mercado Común o los Estados Unidos estén perplejos, porque están acostumbrados a otras cosas; a un español de nuestro tiempo no le puede extrañar, porque es lo que lleva viendo y padeciendo desde hace cosa de treinta años. El Movimiento de las Fuerzas Armadas actúa en Portugal como el Poder eficaz en España, y en este momento está actuando en «simbiosis» con el Partido Comunista, que le insufla su inspiración y su «política» y recibe de él el Poder, desentendiéndose de cuáles sean las fuerzas reales existentes en el país. El desprecio de los resultados electorales es buena prueba de ello: ¿Para qué quieren los votos los que obtienen el poder directamente de su fuente, de una estructura jerárquica que tiene a su disposición los instrumentos represivos, desde las cárceles hasta los fusiles, las ametralladoras y la artillería?

Cuando se habla del futuro inmediato de España, la palabra «continuidad» se desliza siempre; a veces se habla de «continuum». Son cosas distintas. Continuidad quiere decir necesidad de continuar, y es la única manera conocida de vivir históricamente; pero continuar significa continuar adelante. El continuo, por el contrario, es el intento de «continuar igual» (es decir, no continuar, no seguir). 1976 tiene que «partir» de 1975 si no quiere ser una demencia abstracta; pero esto quiere decir que no puede «ser» 1975.

Ese porvenir próximo, en mi opinión, debe consistir en la puesta en marcha de las fuerzas reales españolas, entendiendo que el conjunto de la sociedad que llamamos España es la fuerza capital, «dentro» de la cual han de jugar, en la proporción de su magnitud e intensidad, todas las fuerzas particulares.

El panorama actual es desorientador. El mundo oficial es en

buena proporción —aunque no íntegramente— ficticio; y no tanto porque las fuerzas que lo respaldan no sean efectivas —lo son, y sería un grave error subestimarlas—, sino porque su carácter monopolístico le atribuye un papel que no le corresponde, y desdibuja lo que tiene de verdadera realidad. Por otra parte, el favor oficial, repartido muy curiosamente, las conexiones exteriores, el disponer de órganos de expresión propios o prestados, todo ello hace que fuerzas muy modestas aparezcan «primadas» en su manifestación pública, y sea fácil creer que tienen un desplazamiento social mucho mayor que el que de hecho poseen.

Este es un factor de perturbación que puede tener graves consecuencias. Hay editoriales de las que todo el mundo habla, pero cuyos libros se leen muy poco, que pierden dinero y se arruinan —o enjagan sus pérdidas con cargo al capital de una empresa poderosa, que acaso significa realmente lo contrario que la editorial sostenida por ella—. Esto es todavía más frecuente en el caso de publicaciones periódicas que llenan los quioscos, pero no representan un «público» —una fuerza social—; que son impuestas pasivamente a los lectores que las «encuentran» —mientras no pueden encontrar otras que no se autorizan o que nadie financia—. Lo mismo podría decirse de otros campos. Lo característico es que se lanzan tesis, posiciones, reclamaciones, pretensiones cuya «fuerza» real no se comprueba. Se da por supuesto que los componentes de una región, una profesión, un estamento social (o un sexo) opinan o quieren tal o cual cosa. Pero habría que preguntarse: ¿Cuántos de entre ellos lo opinan o lo quieren? Y en segundo lugar: ¿Con qué grado de convicción, con qué decisión, con qué fuerza?

En una sociedad abierta, en que los diferentes grupos sociales conviven y se enfrentan, esto se pone en claro. Y hay que agregar que a la larga, porque los fallos instantáneos no son propios de lo social. Puede haber un vendaval de opinión que se disuelva sin dejar huellas a los pocos días o a los pocos meses. Hay autores de éxito fulminante, a los que nadie lee al año siguiente, mientras otros permanecen vivos durante decenios —o siglos.

En una sociedad manipulada, domina la ficción, la suplantación de la realidad. Y esta sociedad suele ser dominada por el que tiene habilidad para apoderarse del volante —o lo recibe como regalo— mientras trabaja para él el motor efectivo en que reside la verdadera fuerza.

Julián MARIAS

LA CIENCIA

ENCUENTRO A ALTO NIVEL

EL otro día, como ustedes ya saben, dos naves espaciales, una soviética y otra norteamericana, se «reunieron» puntualmente en un determinado punto de las alturas, y el acontecimiento, espectacular ya de por sí, tuvo, o tiene, un curioso alcance político, que a nadie se le escapa. Después de tantos años de guerra fría, e incluso no tan fría, unos y otros —yanquis y rusos— han hallado la ocasión de una tregua, por no decir una colaboración, que, a la corta o a la larga, podría tener consecuencias afabiles para todo el mundo. Me apresuro a indicar, desde luego, que no se trata de hacerse ilusiones. Por más que las respectivas diplomacias simulen cortesías o compromisos, el planteamiento básico del problema no ha cambiado: el antagonismo de «sistemas», guste o no, es tan profundo, tan insoluble, que cualquier día y con cualquier motivo volverá a crisparse, y tendremos de nuevo sobre el horizonte el riesgo de una colisión apocalíptica. Porque, además, lo que anda en juego no es una disputa de hegemonías internacionales. Esto será la anécdota aparente. El fondo del asunto es aquello de la «lucha final», que dice el himno famoso. Pero, de momento, las dos grandes potencias han considerado necesario —y escribo «necesario»— relajar sus tensiones en un terreno donde la eficacia ha de ser mutuamente beneficiosa. Que es el terreno de la ciencia.

Lo de menos, bien mirado, fue el número de circo que los astronautas y sus máquinas montaron en pleno «cosmos». El ejercicio resultó tan brillante como perfecto, y la clientela de los televisores y de los papeles impresos ha quedado justamente boquiabierto ante el «salto mortal» y el abrazo consecutivo. Una vez más, el ingenio hombre de la calle se ha admirado de los prodigios de la tecnología actual, tal como funciona allá donde está bien pagada y dis-

pone de recursos materiales para experimentar sus virtualidades. Lo que cuenta, sobre todo, es la actitud de distensión que el caso inspira. Continuará habiendo, por ambas partes, el inevitable recelo militar, que se traduce en «secretos», de un lado, y en «espionaje», de otro. Al fin y al cabo, toda ventaja técnica, del tipo que sea, tiene su posible aplicación castrense, y, no descartada la eventualidad bélica en el futuro, tirios y troyanos procurarán reservarse trucos y fórmulas de cuyo manejo quepa esperar la superioridad de su propio ejército. No caducarán, pues, los «secretos» ni los «espías». De todos modos, ya parece que se van conciliando, en la Unión Soviética y en los Estados Unidos, de que algo tienen en común: la ciencia. Y de que, finalmente, la ciencia es «una», regida por unas leyes intrínsecas de investigación y especulación, que siempre conducirán a conclusiones idénticas.

Hubo un tiempo en que, desde la Unión Soviética, o desde ciertos sectores del marxismo teórico genérico, se intentaba afirmar una «ciencia proletaria» frente a la «ciencia burguesa». Stalin y los stalinistas de rigurosa observancia mantuvieron la tesis a capa y espada. El episodio Lyssenko fue la piedra de toque aparatosa del despropósito, hoy piadosamente olvidado. Lo de Lyssenko se presentó, no como una tentativa científica estricta, al igual que tantas surgen cada día de tal o cual universidad, sino como una «ciencia distinta». El apoyo oficial de Stalin confirió a las maniobras del citado profesor un énfasis político sorprendente: luego todo quedó en agua de borrajas, con el consiguiente descrédito de la intención inicial. No: no hay «ciencia» de clase. Hay una sola ciencia. Que históricamente esa ciencia provenga de la sociedad burguesa es lógico: no se podía esperar que el proletariado se sacase

de la manga, de la noche a la mañana, unas matemáticas, una geología, una biología, o lo que fuere, «propias». Y ni siquiera podían ser «propias», en tanto que ciencias. Por lo demás, la primera contradicción de esta increíble tontería, verificable, era el origen mismo del marxismo, en tanto que «socialismo científico» y no «utópico». Y, para ponerlo en caricatura, no hemos de olvidar que Marx y Engels derivan de Hegel... Hegel tiene poco que ver con la ciencia. Es un metafísico, uno más de los que dio de sí la burguesía europea a finales del siglo XVIII...

«Burgués» o «antiburgués» será lo de antes y lo de después de la ciencia. Antes, una parasitaria «filosofía de la ciencia»; después, la utilización de la ciencia. Pero la ciencia a secas, en lo que se refiere a sus métodos y a sus resultados, no puede ser distinta para Washington y Moscú: ahora lo hemos visto, si es que hacía falta verlo para creerlo, con el enchufe de los trastos espaciales. Las dos presuntas ciencias, capitalista y socialista, son sólo una ciencia. Las connotaciones de clase, repito, serán anteriores o posteriores: al darle, o procurar darle, un contenido «ideológico» a la creación científica, y al proyectar su eficiencia a escala práctica, que es, en definitiva, lo que cuenta. Su carácter «instrumental» hace que rinda lo que deseen que rinda quienes tengan la sartén por el mango. Gracias a la ciencia disponemos de electrodomésticos, de farmacias, de transportes fáciles, de una circulación rápida de noticias, de cirugías alentadoras, de ibeemes, de la resurrección de Bach, de más alimentos, de... Y eso puede quedar en manos de las multinacionales, del Partido, de la mafia, del clero, o de quien sea. A partir de ahí, ciertamente, el asunto toma otro color en realidad, es ya otro asunto, en el cual no me me-

teré ahora. Si se me recusa la observación con el reproche de que el «cientifismo» también es una «ideología», me temo que caeríamos en un entretenimiento tautológico sin sentido.

A mí, personalmente, más que la coincidencia de los dos artefactos científicos allá arriba, me habría gustado enterarme de otras colaboraciones: de que los profesionales de la Unión Soviética y de los Estados Unidos trabajaran de consumo para mitigar, pongo por caso, la angustia que provocan el cáncer, el infarto de miocardio, unos vulgares dolores de reuma o de muelas. Ya me imagino que, en estos dominios, la ciencia no se ve acorralada por el «secreto», si no es el industrial. Las estipulaciones guerreras son otra cosa: se basan en «ganar tiempo» al enemigo previsto, y tener por anticipado la misma arma que éste irremediablemente acabará teniendo. Con todo, cuando estamos en el trance de pasar del prehistórico «cóctel Molotov» a la «bomba atómica» casera entre los que se dedican al terrorismo, el tema exige nuevos enfoques... El reciente tebeo aéreo, no obstante, inaugura una pequeña confianza: la de que cundan y aumenten las relaciones positivas entre los especialistas de un lado y del otro, para conseguir, al menos, que disminuyan el hambre y el dolor. Porque los protagonistas, no sólo de la «historia», sino ante todo de la «vida», somos el vecindario en general —el que «paga» en última instancia—, y la ciencia nos ayudaría a vivir más y mejor, que es el fin para el que fue creado el hombre, digo yo. No es pedir mucho, tampoco... Y no me olvido de que la ciencia —la manipulación de la ciencia— siempre tuvo aplicaciones dañinas, de sobrecogedora hecatombe. Por eso, precisamente...

Joan FUSTER

Perpiñá
LAVADORAS AUTOMÁTICAS
8.777
 Lavadoras de hoy a precios de ayer
 MIELE - ZANUSSI - A.E.G. - EDESA - BRU etc.
 Transporte gratis a toda Cataluña
 Rda. Universidad, 21
 y Rda. San Pablo, 4.6 y 8
 TELS. 242 1735
 318 79 94

¿Piensa Vd. viajar?
SI LO QUE DESEA ES:
 ● Información objetiva y veraz.
 ● Folletos descriptivos gratuitos.
 ● Variedad en los itinerarios.
 ● Buenos y cuidados servicios.
 ● Reservas garantizadas.
 ● Seguridad en las salidas.
 ● Precios adecuados a sus deseos.
 Nosotros podemos ayudarle con nuestro equipo de trabajo
VIAJES CONDE VERGARA, 3 (junto Balmes)
 Tel. 318 95 16 (centralita)
 Sucursal: P.º Colón, 18 (AVGAT 15)

Caja de Jubilaciones y Subsidios Textil
MUTUALIDAD LABORAL
TURNO DE DESCANSO PARA PENSIONISTAS
 Para conocimiento general de los pensionistas de Jubilación y de Invalidez en el grado de incapacidad permanente y absoluta, de esta Mutualidad, residentes en Barcelona y su provincia, se informa por la presente nota de la organización de un turno de descanso que tendrá lugar en Llorret de Mar (Gerona), del 4 al 19 de octubre próximo, y al que podrán asistir acompañados cada uno de un familiar (exclusivamente cónyuges o hermanos mayores de 40 años). Los gastos de desplazamiento desde Barcelona-ciudad hasta el Hotel asignado en Llorret de Mar, así como las estancias y manutención, serán a cargo de la Mutualidad. En la Sede Central de esta, calle Aragón, 275, Barcelona, se facilitará a los interesados el preceptivo modelo de solicitud el cual, una vez cumplimentado en todos sus extremos, entre los cuales inexcusablemente la declaración facultativa de que ni el interesado ni el propuesto acompañante padecen enfermedad infecto-contagiosa y que pueden valerse por sí mismos, deberá presentarse en la misma Entidad, cerrándose el plazo de admisión de instancias el día 20 de agosto actual.